Cuento sobre educación para la salud

Tierra llamando a Liao. Cambio y corto



Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autora: Clara Redondo Sastre. **Ilustraciones:** JajaStudio

CEAPA

Cuento sobre educación para la salud

Tierra llamando a Liao. Cambio y corto

Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autora: Clara Redondo Sastre. **Ilustraciones:** JajaStudio

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DEL ALUMNADO

Autora:
Clara Redondo

Ilustraciones:
JajaStudio

Coordinación:
Leticia Cardenal
Miguel Dueñas
L. María Capellán
Mª Carmen Morillas
Teresa Pintor
Lola Ramírez

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Junio 2020

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Leticia Cardenal Salazar, Miguel Dueñas Jiménez, L. María Capellán Romero, Mª Carmen Morillas Vallejo, Olga Leralta Piñán, Miguel Ángel Sanz Gómez Clara Díaz Alonso, Cristina Conte Oliver, Mª Carmen Padilla Darias. José Manuel Torre Calderón, Adelaida Martín Casanova, Mónica Martínez Quero, Javier Chavanel Pastor, Mustafa Mohamed Mustafa, José Luis Casado Delgado, José Antonio Álvarez Caride, Camilo Jene Perea, Francisco Cantero Dengra, Santiago Álvarez Folgueras, Javier López Hernáez y Josep Pasqual Albiol Esteller.

Introducción

El papel de las madres y los padres es clave en la prevención de las adicciones a través de la transmisión de valores, actitudes y comportamientos en el desarrollo de los hijos e hijas, fomentando desde la infancia hábitos de salud, responsabilidad y el desarrollo de una personalidad fuerte y crítica que no dependa de ninguna adicción para desarrollarse plenamente, fomentando los factores de protección y reduciendo los riesgos, y para adaptarse de forma sana a su entorno social.

Desde el marco de la prevención de drogas, CEAPA entiende que es necesario empoderar a las familias y a los niños y niñas y adolescentes para tener recursos y estrategias que les permitan hacer frente a situaciones de riesgo y a buscar alternativas al consumo de drogas, en especial del alcohol y el tabaco, de forma preventiva.

El tema principal que abordaremos en este cuento está relacionado con uno de los factores protectores en la adolescencia frente al consumo de alcohol y tabaco: el conocimiento parental

alto. Esto es, la información que padres y madres tenemos sobre la vida de nuestros hijos e hijas. Para favorecer un mejor desarrollo adolescente es importante potenciar ese conocimiento facilitando un ambiente familiar que posibilite esa comunicación, el afecto y el interés parental y las actividades en familia.

Las familias y sus asociaciones, las AMPA, tienen un papel fundamental como agentes preventivos primarios, siendo necesaria la información, sensibilización y formación dirigida a las familias y a las AMPA, así como la creación de recursos educativos que faciliten la educación de sus hijos e hijas, enseñándoles competencias que les hagan menos vulnerables al consumo de alcohol y tabaco y que les ayuden a mejorar el clima y bienestar familiar.

Por ello, CEAPA, a través de este cuento, pretendemos dar respuesta a estas necesidades, facilitando el acceso a las familias y profesionales de recursos y materiales que faciliten la labor preventiva del alcohol y el tabaco.

En este cuento es la presión de grupo lo que provoca el incidente sobre el que gira toda la historia. El no saber decir que no en

un momento dado, la masa por encima del individuo, seguir al grupo por encima de todo, aún a sabiendas de que eso es malo para ti o para otra persona.

Para finalizar, proponemos unas preguntas sobre el cuento que pueden facilitar a las familias la reflexión y el diálogo con sus hijos:

- Vamos a ponernos en el lugar de Daniel, Jaime y Guille:
    - o ¿Crees que su actitud es correcta?
    - o ¿Cómo actuarías tú?
- ¿Hay en tu colegio algún niño o niña que se parezca a alguno de los tres personajes?
- Si te encuentras con una situación parecida ¿A quién pedirías ayuda?
- Buscar alguna otra solución para el desenlace.

Imagina que eres un ave. Y que estás subido en un árbol muy alto. Desde allí lo ves todo. Madrid al fooondo, a la derecha está la Casa de Campo, y a la izquierda el instituto público Miralmar. No mira al mar, pero bueno, el nombre es bonito y es un instituto grande con un patio enorme. Es la hora del recreo. ¿Ves el patio del insti? Si no lo ves bien, acércate, acércate, porque estás a punto de ser testigo de...

—¿Pero se puede saber adónde vas?

Es Paula, la profe de Lengua. Acaba de llegar corriendo hasta donde está Jaime Liao.. Le ha pillado trepando por la valla que rodea el patio del instituto con intención de saltarla.

«Vaya, me han pillado».

—¿Estás sordo o qué? —pregunta Paula, que, de la carrera, le falta la respiración al hablar—. *¿Quéh-hacesh ahíh- arribah?*

—Mmmm, mmmm.

Liao (se llama Jaime, pero todos le llaman Liao) no sabe qué responder y no le queda más remedio que bajarse de allí. «Qué



pena, ¡estaba a punto!», se dice fastidiado mientras baja despacio para no darse un culetazo contra el suelo. Por poco gana la apuesta que había hecho con Daniel: coger unas gafas de sol que habían visto detrás de la valla, tiradas al lado del árbol aquel. ¿Querían de verdad unas gafas de sol? Pues... no. Solo querían ver quién ganaba la apuesta. Daniel, el amigo de Liao, se pasaba el día apostando por cualquier cosa.

—¿Me vas a decir qué hacías ahí arriba? —insiste Paula.

¿Pero cómo le iba a decir lo que estaba haciendo? ¿Que iba a tratar de alcanzar unas gafas porque se lo había apostado con Daniel?

—Es que, es que... —Liao va a decir una tontería—. Quería comprobar lo resistente que era esta valla.

—Anda, vete de aquí antes de que me enfade más —le contesta Paula, que no quiere problemas.

Y Liao sale corriendo hacia donde están sus amigos.

—¡Ja! Me debes un euro. Ya te dije que era imposible saltar la valla sin que nadie te viera —le dice Daniel.

—*Shit* —contesta Liao, que quiere decir «mierda»—. Mierda —lo repite en español.

⁂

Liao, Daniel y los demás de la pandilla están a punto de terminar el curso y de empezar las vacaciones de verano. Solo quedan unas semanas para que acaben las clases. ¡Qué ganas!, seguro que piensan todos. Aunque hay alguien que prefiere seguir con la rutina de las clases y de ver a sus amigos todos los días. Es Liao. ¿Por qué? Porque, según él, no le espera el «plan ideal»: este año sus padres le mandan durante el verano a estudiar inglés a Irlanda porque piensan que ese idioma es muy importante para el futuro. Liao sin embargo no le ve la gracia a irse a un país donde no conoce ni a la gente ni el idioma, donde no está con sus amigos, donde llueve todo el rato, y además... se le da fatal, pero fatal, el inglés. Por eso no le gusta que termine el instituto.

Por eso está de mal humor.

—Liao, ¿cuánto te apuestas a que no vas a aquel señor de allá, el del chándal verde y le llamas «cara culo»? —le dice una tarde de Daniel mientras están en el parque un rato todos los amigos juntos.

A Liao a veces no le gustan las bromas de Daniel, pero es su amigo y se divierte con él. No puede decirle que no. Quedaría como un aburrido.

—Venga, cuánto te apuestas —le reta Daniel.

—Un euro a que sí se lo digo.

—¡Un euro es muy poco! ¡¡Te apuesto cinco euros!!

Cinco euros es la paga semanal de Liao y no quiere perderla, pero tampoco puede decirle que no. ¿«Cara culo»? Se muere de vergüenza, aunque no le queda otro remedio si no quiere perder su dinero.

—Venga, Liao, no seas cobarde.

La palabra «cobarde» le resuena como un eco en la cabeza. «Cobarde, cobarde, cobarde...». A su alrededor están los de la pandilla, Guille, Susana, Alicia, Domingo y varios más. Miran curiosos y divertidos. Quieren saber cómo va a acabar la apuesta. Están acostumbrados a las bromas de Daniel, aunque a veces... a veces no les gustan esas bromas, son demasiado pesadas.

Al final, Liao accede y a regañadientes obedece. Todos observan cómo Liao se aleja en dirección al del chándal verde. Desde donde ellos están no se le ve bien, pero parece un hombre mayor que está esperando a alguien, porque no hace más que ir de acá para allá y mirar el reloj constantemente. Mientras camina, Liao vuelve la cabeza hacia atrás y sonríe con una risa de mentira. Cada vez se le ve más chiquitito.

—Mira, mira, está cagado de miedo —dice Daniel, y todos se ríen también, cómo no se van a reír de las chorradas de Daniel, quedarían fatal si no lo hicieran.

Liao se va acercando poco a poco al señor, que ahora está de espaldas. El señor no parece que le haya visto, tan ocupado está



en mirar una y otra vez su reloj. Liao mira de nuevo para atrás. Se pone al lado del señor, y este..., pero... ¿qué pasa? ¡amablemente le revuelve el pelo a Liao! ¿Pero qué ha ocurrido? ¿Le ha dicho «cara culo» y encima el señor acaricia su cabeza? Todos se miran unos a otros con extrañeza y ven cómo Liao se despide del señor alzando la mano, se da la vuelta y regresa corriendo. Daniel no puede parar de reírse a carcajadas hasta que Liao llega al grupo con la lengua fuera:

—¡Qué pringado, no te has atrevido! ¿Qué has hecho? ¿Preguntarle la hora? —Daniel no para de reír.

—No, tío, no, era... era mi vecino, no podía llamarle «cara culo» a mi vecino.

—Me importa un cuerno. Quiero mis cinco euros. ¡He ganado la apuesta!

Y Liao, por no quedar mal delante de todos, no tiene más remedio que prometerle a Daniel que mañana le dará el dinero.

Liao, con cinco euros menos en su hucha, se va para su casa.

No se ha divertido nada de nada con lo de su vecino, y entra a su casa con cara de malas pulgas. Además, por si fuera poco, se acuerda del plan que sus padres le han preparado este verano. Mierda de inglés. Por qué tiene que aprender ese idioma. Por qué tiene que irse un verano entero a un país donde no entiende lo que hablan. Grrrrrr. Está muy pero que muy enfadado. Entra en su casa y cierra la puerta de la calle de un portazo. Ni saluda a su padre y se dirige hacia su habitación. Pero, de camino, su padre le intercepta.

—Qué, ¿estás de mal humor? Ven aquí, que te espabilo yo pronto.

Este es su padre, que se levanta del escritorio donde está trabajando, coge a Liao por los hombros, lo tumba en la alfombra y le empieza a hacer cosquillas. Sabe que es la mejor manera de hacer reír a Liao, aunque venga de tan mal humor como hoy.

—¡No, por favor, cosquillas no, déjame en paz, papá, no me hace gracia! —refunfuña Liao, que, aunque lo intenta, no puede evitar alguna carcajada.

—Huy, ya te veo lo enfadado que estás —le contesta mientras se revuelca con Liao por el suelo.

—¡Para, para, por favor, para!

—Vale, está bien, paro ya si me prometes que vas a quitar esa cara de acelga pocha que has traído.

Liao se suelta de su padre como puede.

—No pienso poner ninguna cara simpática. Estoy cabreado. No me quiero ir a Irlanda. ¿Por qué me obligáis?

—Hijo, aunque no te guste, el inglés es muy importante para el futuro. Será el idioma oficial en el mundo entero y tienes que estar preparado —contesta el padre mientras se levanta del suelo.

—A la porra con el inglés.

Liao se da media vuelta y se encierra en su habitación.

***

Los días van transcurriendo lentos, como si las vacaciones de verano no quisieran llegar todavía al instituto Miralmar (que no mira al mar). Como si faltara algo por ocurrir...

***

Cruzando la calle del instituto de Liao hay otro instituto que se llama Altas Cumbres, también es un nombre raro porque no hay ninguna cumbre por los alrededores. La chavalería del barrio está repartida entre uno y otro. Los dos se parecen en que en ambos hay profesores (y profesoras, por supuesto), en ambos hay patios grandes para el recreo, y en ambos hay personas que se van en verano de vacaciones, unos a estudiar inglés al extranjero y otros no. «Es una plaga», diría Liao si le preguntaran.

Daniel, Liao, Guille y toda la panda están en el recreo. Desde el patio de su instituto se ve la puerta del otro instituto de enfrente, el Altas Cumbres. Entre los estudiantes de uno y de otro instituto se conocen, aunque solo sea de vista. Al fin y al cabo, todos son de la zona. A esas horas hace calor. Y cuando hace calor a veces vienen ideas feas a la cabeza.

—Aquella de allí, ¿la veis? —dice Guille—. ¿La de la coleta que está haciendo el pino? Pues a esa chica la trae su madre todos los días en un todoterreno negro.

—¡Qué suerte! —dice Liao—. No como nosotros, que tenemos que venir andando...

—Creo que va a una escuela de circo y sabe hacer un montón de acrobacias —dice Guille—. Me lo ha dicho mi hermana, que la conoce.

—Pues menuda pija —añade Daniel—. Seguro que es una chulita. Liao, ¿a que no te atreves a ligártela?

—¿Quéeee?

Liao alucina.

—Venga, te apuesto lo que quieras a que no eres capaz de ligártela.

—Tío, te estás pasando —se atreve a decir Susana, pero Daniel parece que no le ha escuchado.

A Liao no le hace ninguna gracia la propuesta de Daniel. En realidad, a nadie le gusta esto que está pasando. Daniel insiste.

—Eres un cagao, tío.

Liao, el Guille y todos los demás ven cómo Daniel se da media vuelta, se va y se pone a hablar con otro grupo de chicos y chicas. Se miran y ponen cara de «vamos a callarnos porque Daniel es Daniel y no se le puede llevar la contraria».

A la mañana siguiente, vuelve a la carga.

—Venga, Liao, no seas miedica. Vamos a hacer algo que nos divierta. Te apuesto... te apuesto diez pavos a que no te ligas a esa piba que se las da de atleta.

«Que no, tío, que yo no voy a hacer eso que dices», piensa Liao, pero no lo dice.

—¿No? Eres un tirao. Todos sois unos tiraos y unos aburridos.

«Estás zumbao», piensa Liao, pero tampoco lo dice.

—Sois unos pringados. ¿Y si me la ligo yo? ¿Qué me dais?

Liao no puede evitar una carcajada nerviosa. Quiere pensar que su amigo no está hablando en serio. Pero sabe que, cuando Daniel se propone algo, no para hasta conseguirlo. Daniel no está de broma. Liao mira a los demás, quiere que digan algo, pero todos miran al suelo.

«No te aguanto —piensa Liao—. ¿Quién te crees que eres? Deja a esa chica en paz. No te ha hecho nada para que te burles de ella». Lo piensa, pero nada sale de su boca. Qué rabia le da no ser capaz de decirlo. No aguanta más, se levanta y se marcha, dejando allí a todos.

—¡Pringao, que eres un pringao! —le grita Daniel mientras Liao se aleja.

⁂

A la mañana siguiente, los amigos creen que Daniel ya no se acuerda de la apuesta. Lo están deseando, además, porque, cada uno por separado, piensan que es algo muy feo. Pero no se atreven a decírselo. Daniel es mucho Daniel, todos le temen. Y, además, saben que quien de verdad le gusta es Julia, una chica de cuarto de la ESO a la que nunca se ha atrevido a hablar, aunque para otras cosas es muy atrevido. Está por ella hasta los huesos, lo saben todos sus amigos. Muy chulo, muy chulo, pero cuando pasa por su lado, agacha la cabeza y se pone rojo como un pimiento.

Pero volvamos a la apuesta. Porque Daniel no, no, no, no se ha olvidado de ella. Según les había dicho a los amigos, había estado pensando toda la noche cómo demostrarles a esa «panda de cobardes» —así los llamó— que él era capaz de conseguir todo lo que se proponía. Liao se siente incómodo con todo esto, pero tampoco puede llevarle la contraria a Daniel, es por así decirlo el líder del grupo, y llevarse mal con él puede significar llevarse mal con todos los amigos, y Liao no está dispuesto a perder a todos los amigos por lo de esta chica. Esto es lo que pasa por su

cabeza en estos momentos. Y sabe que Daniel seguramente va a conseguir lo que quiere. Es guapo y popular en su clase y en el instituto. Todo le va a resultar muy fácil. Aunque a él no le guste, tiene que aguantarse.

***

Han pasado tres días. No se ha vuelto a hablar de la apuesta, pero Liao sabe que Daniel está maquinando algo. Están en clase de Lengua, y Paula, la profe, les ha puesto unas oraciones para que las analicen sintácticamente. Todos están casi en silencio, porque el silencio total no existe en esa clase. Andan concentrados en su tarea. Menos Liao, que mira a través de la ventana, por donde se ve el instituto de enfrente. Piensa en la chica que hacía el pino.

De pronto:

—¡Hooooola? —susurra Paula al oído de Liao—. Tierra llamando a Liao. Tierra llamando a Liao. Caaambio y corto.

Liao pega un bote en la silla.

—Qué susto me has dado.

—Qué pasa, ¿tú no trabajas como tus compañeros? ¿Te duele algo? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, estoy bien —responde muy serio—. Ya voy. Mirar a la calle... me inspira para hacer mejor las frases. Cor-toy-cam-bio.

—Pues menos calle y más concentración —pone el punto final y sigue paseando entre las mesas.

Liao sabe que en cualquier momento Daniel va a salir de nuevo con el tema de la chica. Y así es. En el recreo:

—Bueno, listillos, tengo una noticia que daros. La que hace el pino, la del todoterreno negro, que por cierto se llama Bárbara, me ha aceptado en su Instagram. Ya la sigo, así que venga, qué me dais si me la ligo. Vamos, no seáis cobardicas. ¿No os parece divertido liarla con esa pardilla que se cree algo porque viene en un cochazo?

—Venga, tío, no te metas en ese lío —se atreve a decir Guille.

Los demás, callados como tumbas. Y Daniel, erre que erre.

—Ponéis un pavo cada uno, ¿vale? Si consigo enrollarme con ella, me dais los ocho pavos.

Se hace el silencio. Nadie le dice que no. Lo cual significa que sí. Liao es uno de ellos. ¿Por qué no le manda a la porra? ¿Por qué no le dice lo que piensa?

***

Es viernes, y los viernes en casa de Liao cenan *pizza* los cinco. Sus dos hermanos, sus padres y él. Liao comparte habitación con su hermano pequeño, Saúl. Y Lidia, su hermana mayor, tiene la suya propia.

—Venga, Liao, hacemos la *pizza* entre tú y yo —le propone el padre desde la cocina.

—No me apetece —contesta él, y se va para su habitación.

—Bueno, pues la hacemos Lidia y yo.

Pero la habitación está ocupada por su hermano, así que Liao se va de nuevo a la cocina con el móvil. Está deseando tener noticias de sus amigos. Decide mandarle un mensaje a Guille:

El Daniel está zumbao

Sí

La va a liar con lo de Bárbara

No podemos hacer nada

?

No

Puede k no se atreva

Seguro que sí. Estoy cansado de sus tonterías

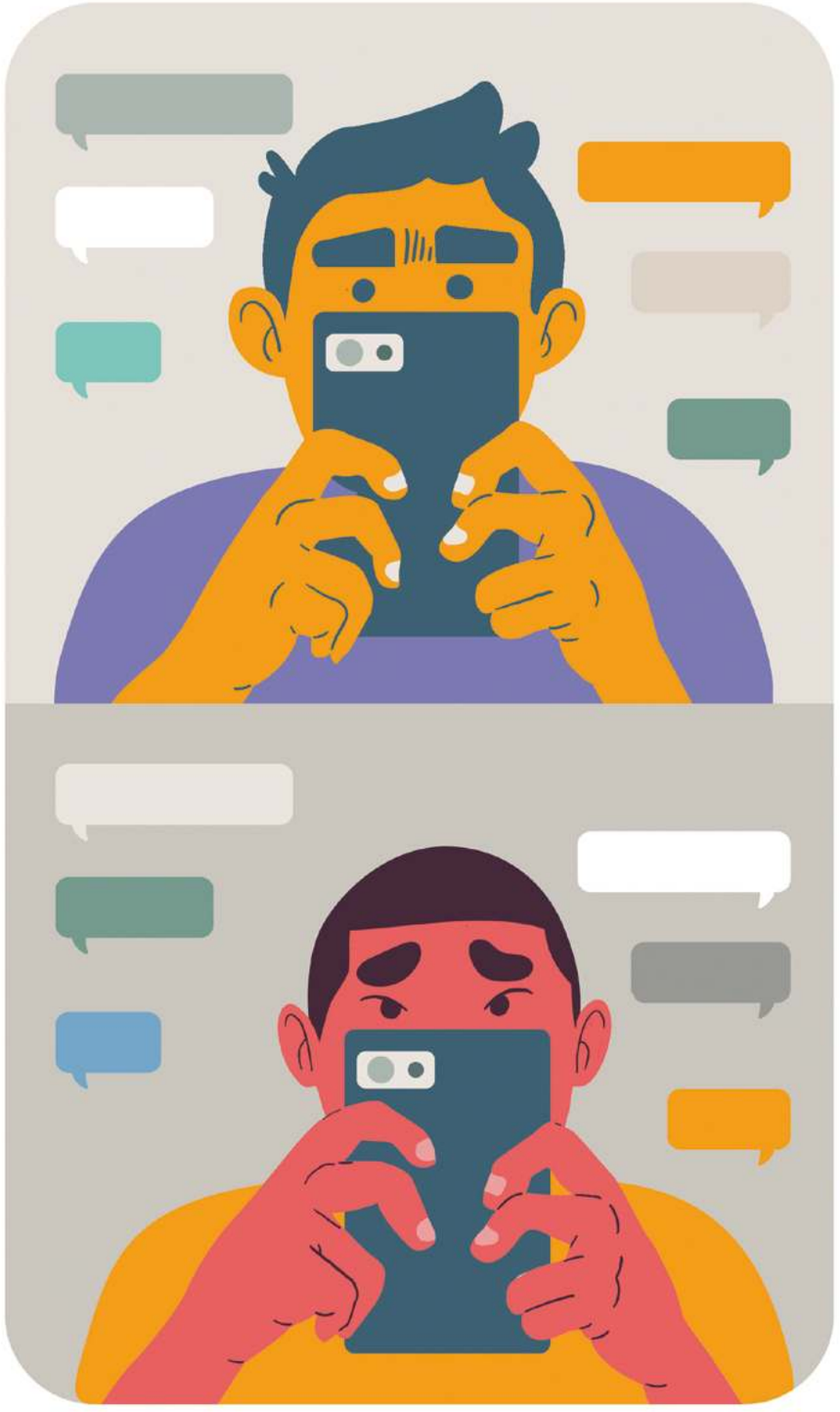
K haces

Mi padre una pizza con mi hermana

Me piro a cenar

Yo tb

Ok



Liao se queda medio atontado mirando cómo las manos de su hermana amasan la harina a la que su padre va echando unas gotitas de agua. Se parece a la plastilina con la que jugaba cuando era pequeño. Pero ahora ya no es pequeño. Y ya no juega a cosas de niños pequeños. De pronto, le llega un mensaje. «Oh, no, Daniel no».

Tío

Ke

Ya sigo a Bárbara. Le he mandado un mensaje y me ha contestado

Y?

Creo que le gusto. Va a flipar la tía

...

Me conocía

ya

Voy a ganar la apuesta

...

Tío, está n el bote

me voy a cenar, tío

La conversación con Daniel le pone de muy mal humor. ¡Se ha quedado mudo! ¡No se atreve a decirle nada! Se siente fatal consigo mismo por ser tan cobarde. Y piensa en la chica. Va a jugar con sus sentimientos y seguro que todo acaba mal. «Pobrecilla, y yo soy un gallina». Durante la cena, Liao no abre la boca para hablar. Su madre está extrañada:

—Qué pasa, ¿te ha comido la lengua un gato, Liao? ¿No tienes hambre?

—No me pasa nada, déjame —contesta mientras, desganado, remueve con el tenedor los ingredientes de su porción de pizza.

—Bueno, hombre, no te pongas así conmigo. ¿Hay algo que nos quieras contar?

Sí, sí hay algo que le araña por dentro, pero no se lo puede contar a sus padres, se armaría una buena.

—No —contesta al fin.

⁂

Durante los días siguientes, Daniel no hace más que contarles a sus amigos los «progresos» con Bárbara. Han empezado a hablarse y él les cuenta entre risas todo lo que ella le va diciendo. Está muy contenta de hablarse con Daniel. Y él se está ganando su confianza, incluso le ha propuesto que queden para verse. ¡Eso es demasiado! Las cosas que les cuenta, para él son pequeños triunfos y le acercan más y más a esa apuesta que ha hecho con sus amigos. Aunque estos no han acabado de cerrar el trato, él actúa como si fuera lo más importante de la vida en ese momento. Liao piensa que las cosas están poniéndose feas, muy feas. Incluso una tarde tiene una conversación consigo mismo. Sí, sí, él hablando con él en persona:

—Piensa, piensa, Liao. Daniel se está pasando.

—Ya, pero qué puedo hacer. No me atrevo a decírselo ni a él ni a los demás. Me van a tomar por un cagao.

—Da igual lo que piensen los demás.

—Claro, tú no lo entiendes. Los demás le ríen la gracia. Bueno, Guille no, pero tampoco le dice nada.

—Tú no tienes que reírle la gracia si no quieres. No van a dejar de ser tus amigos.

—Pues no lo sé. Qué mierda, no sé qué hacer. Pobre Bárbara.

—¿Y si fuera tu hermana? ¿Te gustaría que alguien la avisara?

—¡Claro!

—Pues ya está. Tienes que hacer algo.

Hablar consigo mismo a veces es un lío, pero otras veces le gusta y saca alguna buena conclusión. En este caso, la conclusión es pedir ayuda a Guille:

Hola

K pasa, Liao

Tío, no hago más k darle vueltas a lo de Daniel y Bárbara

Yo igual

K podemos hcer

No lo sé

Pobre chica

Ya

Me gustaría hacer algo. K no se burle de ella. Pero Daniel está en plan chulo. K se te ocurre?

Vamos a pensar. Luego hablamos.

Ok

A las diez de la noche, le llega un mensaje de Guille. Se le ha ocurrido un plan. Alguien les va a ayudar a hacer algo. Algo fuerte y divertido a la vez. Después de leerlo...

Mola!

Ok. Mñn hablamos

***

Dos o tres días después de aquella conversación, amanece una mañana fresquita después de una noche muy calurosa. En el cambio de clase, suelen salir casi todos al pasillo a despejarse entre clase y clase. Hoy están Guille, Liao, Daniel y los demás de la pandilla esperando a que venga el siguiente profesor. Es entonces cuando sucede algo inesperado: Julia. Julia se acerca hacia ellos. La Julia que le gusta a Daniel. La misma que no le hace ni caso cuando pasa por su lado. Viene hacia ellos. Todos miran a Daniel, y Daniel mira hacia el suelo. Al pasar al lado de ellos, Julia los saluda con voz cantarina: «¡Hola, Daniel y compañía!». Y pasa de largo. Todos le miran esperando una reacción, pero él no dice nada. Se mete rápido a clase. Tiene cara de no poder creérselo. Colorado como un pimiento. ¿Cómo es que sabe su nombre? ¿Cómo es que le ha saludado a él en persona? ¿Habrá sido un sueño? No. Ha sido una increíble, asombrosa, alucinante, maravillosa realidad. Seguro que es eso exactamente lo que está pensando el chulito de Daniel, piensa Liao.

Después de aquel encuentro, van pasando lentamente los días de la semana. Daniel llega contando día a día los avances con



Bárbara. El jueves, se presenta en el pasillo, antes de clase, con una novedad.

—¿Sabéis que voy a quedar con la pringada de Bárbara el domingo? ¡Por fin voy a ganar la apuesta! Me voy a enrollar con ella y me haré una foto para que lo veáis. Y después... ¡se acabó! Ya no quiero saber más de esa niñata del todoterreno. Tenéis que ir preparando mi dinerito —dice mientras se ríe con ganas.

Lo que Daniel no cuenta a sus amigos es que, al mismo tiempo y desde hace varios días, Julia (¡su amada Julia!) le ha pedido amistad en Instagram, que Daniel ha aceptado y que han empezado a hablar. Y nadie salvo dos personas (Guille y Liao, que están muy al tanto de esta historia paralela porque la han organizado) sabe que Julia le ha propuesto que queden el sábado para verse. ¿Y cómo ha podido darse este encuentro?

El viernes por la tarde se juntan los amigos en el parque. Daniel parece un mono de esos que se ven en las ruinas del palacio abandonado de la peli El libro de la selva. No para de moverse de acá para allá. Está raro. Nervioso y contento a la vez. Como

siempre quiere ser el centro de atención, ese viernes no puede ser diferente y empieza a hablar de su plan para el domingo con Bárbara. Que si Bárbara esto, que si Bárbara lo otro... Los amigos están hartos de sus cosas, pero, como ya sabemos, nadie se atreve a llevarle la contraria. Así que se dedican a escucharle y a comer pipas una detrás de otra, una detrás de otra, una detrás de otra...

Por fin ha llegado el gran día. No, no nos referimos al domingo, sino al sábado. El sábado en el que Julia ha quedado con Daniel en la puerta del chino del barrio. Todo el mundo conoce el chino del barrio, así que no puede haber ninguna confusión. La cita es a las seis de la tarde. Daniel se presenta un cuarto de hora antes, no quiere llegar tarde. Con sus mejores galas (su pantalón nuevo cagao y su camiseta verde preferida)... no para de moverse y de mirarse en el escaparate del chino, que le devuelve su imagen. Se peina, se repeina, se toca la nariz, se sube un poquito su pantalón, mira constantemente su móvil. A pesar de ser un gallito en clase, Daniel no se maneja muy bien en lo sentimental, y ahora

salen todos sus nervios a relucir. Es un ser humano como otro cualquiera.

Él se piensa que está solo, pero no, alguien lo está observando desde lejos. Detrás de aquel árbol de allá están escondidos... Sí, has acertado: Guille y Liao.

—Mira, se ha puesto su mejor ropa, la que se pone para las fiestas —dice Guille con una sonrisilla pícara.

—Me da un poco de pena. ¿No nos habremos pasado? —pregunta Liao.

—No, tío, es la única manera de que se dé cuenta de que ha metido la pata con Bárbara —contesta Guille, el cerebro de la operación.

Pasan los minutos y allí no aparece nadie. Daniel va de un lado para otro como un leopardo en una jaula. Las seis. Las seis y cinco. Las seis y diez. Las seis y cuarto.

—¿Es que no se da cuenta de que tiene un papel ahí pegado al lado de la tienda?

—Parece que no lo ve.

A las seis y veinte, Daniel se acerca de nuevo al escaparate del chino y ¡por fin! ve el papel que hay pegado en la pared y que pone su nombre: «Para Daniel». Lo coge y lo abre. Después de leerlo, mira para el cielo, da dos patadas al suelo como si estuviera muy cabreado y lo tira al suelo hecho una bola.

—Por fin —dice Liao.

—Por fin —repite Guille—. ¡Chocala!

***

Al lunes siguiente, Guille y Liao llegan antes al instituto. Están deseosos por saber qué va a decir Daniel a los del grupo. Daniel llega muy serio y se sienta en su silla sin hablar con nadie. Liao le saluda:

—Qué pasa, tío.



Pero no obtiene respuesta. Durante toda la mañana, Daniel no abre la boca, y eso ya es extraño en él, que siempre es el bromista número uno en todas las clases. Llega el recreo. Todos están esperando la retransmisión de lo que ha pasado el domingo con Bárbara. Pero... silencio. Un silencio rarísimo. Un silencio que Liao se atreve a romper.

—¿Qué pasó el domingo con Bárbara?

—Nada —contesta muy serio Daniel.

—¿Nada?

—Y no quiero hablar de ese tema. Que sepáis que he perdido la apuesta. No me molestéis más con eso. No quiero saber nada más de Bárbara. Ya está. Punto.

Los demás nunca llegaron a saber nada de lo que había pasado con Bárbara, pero Guille y Liao sí lo sabían. Fue la hermana de Guille la que convenció a Julia, porque están en la misma clase, de que accediera a darle un escarmiento a Daniel. Le pidió seguirle por Instagram. Le citó el sábado en el chino. Pero, en lugar de ir, le dejó un papel con su nombre pegado en la pared. En ese papel decía:

> *¿Tú estás ilusionado conmigo por quedar, verdad? Pues Bárbara también. ¿Te molesta que haya jugado contigo? Pues a Bárbara también le molestará. Es algo muy grave lo que has hecho con ella. ¿Crees que por una apuesta merece la pena jugar con sus sentimientos? Espero que te pienses lo que vas a hacer. Me caerías mucho mejor si te lo pensaras y cambiaras tu plan.*
>
> *Ah, y no me esperes.*
>
> *Julia*

Liao y Guille imaginan que Daniel canceló su cita con Bárbara. Y ojalá que le haya pedido disculpas. Aunque nadie sabe lo que Daniel hizo en realidad. Lo que sí saben es que desde aquel día ya no juega a apostar y que ya no se hace el gracioso todo el rato. Algo ha cambiado en él.

Por su parte, Liao está de mejor humor. Todavía piensa que debería haberse opuesto a la broma pesada de Daniel. Que debería habérselo dicho a él directamente. Pero por lo menos ha hecho algo por impedirlo. Está de buen humor, aunque, cuando hoy ha llegado a su casa, les ha dicho a sus padres, como siempre y refunfuñando, que no quiere irse a Irlanda. Han cambiado algunas cosas, pero esa... esa no cambiará.

FIN

Cuento sobre educación para la salud

Tierra llamando a Liao. Cambio y corto

Financiado por:

MINISTERIO DE SANIDAD
SECRETARÍA GENERAL DE SANIDAD
DELEGACIÓN DEL GOBIERNO PARA EL PLAN NACIONAL SOBRE DROGAS

CEAPA

Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres del Alumnado
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | **www.ceapa.es**